

**DES-**

**Por J. L. Marzo**

[Publicado en Aranea, Mona; Palacios, Juanjo; Lozano, Lorena (2017). *Diálogo Social. Polifonía del mundo de la industria*. Gijón: LABoral Centro de Arte y Creación Industrial, pp. 18-21.]

*pref.* Componente de palabra procedente del lat. *dis*, que indica negación, privación, acción inversa. También se escribe: dis-

De la instalación sonora *Diálogo social* (2017), de Lorena Lozano y Juanjo Palacios, basada en la investigación de Mona Aranea, surgen unas voces fantasmales, no solo porque aparecen exentas de cuerpo y textura material, sino porque se presentan como una alteridad, como la memoria de un cuerpo social lejano y perdido. Son las voces de antiguos trabajadores metalúrgicos y siderúrgicos: deslocalización, desempoderamiento, desindustrialización, desmantelamiento, desinformación. Des: nunca un término privativo ha sido tan productivo en la era de la democracia industrial. Hoy se produce en el quitar, en la quita o en el *desquite* de unas elites siempre al tanto de la desmaterialización de los cuerpos y de sus enunciados, ahora proyectados como *souvenirs*. Si el fantasma nos habla, debemos saber lo que dice, no convertir su voz en música de fondo.

Los viejos obreros nos hablan. Luchas sindicales, de los éxitos y de los fracasos. Suenan lejos y mal (literalmente). Son voces ahogadas, energías consumidas en un viejo juego que ha mutado en más productividad, adaptabilidad, innovación, creatividad y entusiasmo. Sus cuitas sobre la vida a través de la fragua ya nada tienen que ver nuestros sentimientos de pertenencia. La eterna energía de la precariedad viene ahora regulada por la nueva economía del conocimiento. Se conoce todo. Hoy los trabajadores pueden trabajar cada vez más en ámbitos indistintos. Las herramientas se han des-especializado gracias a la homogeneización digital, imprimiendo lógicas naturalistas en la relación con el entorno: la diversidad de las carreras tiende a reducirse, a concentrarse. La formación profesional, lo mismo. Todo vive del estándar. Por su parte, las profesiones intelectuales se hibridan y nutren el resto del sistema a precio de ir poco a poco desapareciendo como disciplinas. La creatividad del diseño, de la comunicación audiovisual, del dominio digital, del arte, de la literatura, del pensamiento, de la academia, de las instituciones culturales, de la

industria del signo; todo parece implosionado hasta convertirse en una fuente inagotable pero desregulada del que bebe el sistema productivo, que necesita dotarse de continua predicción en asuntos de políticas de la emoción: necesita alimentarse de cuanta alteridad le salga al paso. La precariedad del artista muta hoy en la precariedad laboral universal, precio a pagar por el acceso a la creatividad y al conocimiento permanente y sin receso que representa la energía del usuario, operario mientras consume, y por tanto incapaz de distinguir trabajo y ocio, como los fantasmas. La figura del artista-usuario reemplazando gratis en casa al último operario de la cadena de montaje de IKEA es el mejor ejemplo de este nuevo trabajador.

Desaprender los instrumentos que construyeron un régimen laboral del acuerdo si queremos fabricar nuevos utensilios con los que aprender a luchar contra el universo de la autoregulación, en el que Juan Palomo, el artista, es premiado por saber guisar y comer solo, y en el que ha desaparecido la división de la producción y el consumo y todo se conduce por autofagocitación. El anarcocapitalismo actual ha sustituido la ciudadanía, nacida del viejo acuerdo entre trabajo y capital como forma de enunciado público, por el nuevo mito del usuario, quien junto al fabricante devienen sujetos sociales equiparables bajo la ley de la piratería institucionalizada.

¿Y luchar, para qué? Primero porque hay metalúrgicos en alguna parte del mundo fundiendo mineral a cara de perro, y que muy probablemente no lleguen ni a tener fantasmas propios. Y segundo, para cambiar las lógicas del proceso productivo, administrativo, que no entiende de otros tiempos que no sean los suyos. Hay tiempos de producción que han quedado fuera de la naturalidad del vértigo de la usabilidad. Tiempos que tienen que ver con sujetos que no quieren verse heteros, sino propios. La lucha por los tiempos “propios” de producción -económica, lingüística, laboral, familiar, afectiva, social- debe tener lugar también al asalto, en la niebla y en la disolución aparente: crear relatos diferentes de nuestras formas de vida social, “crearlos” en el sentido de “fundarlos” mediante acciones que expongan su naturaleza real, desapercibidamente pero usando del artificio. La ficción y el sabotaje son doblemente eficaces al trabajar juntos. *Sabot* era el zapato que los obreros franceses arrojaban en las máquinas para romperlas. Y nunca nadie sabía nada. Me da que esta es una tarea algo urgente si no queremos que en el futuro seamos solo fantasmas inaudibles, restos de una vida ventriloquizada.